

LA GOTITA DE AGUA

2º-3º

Los elfos del aire, con sus claras alas, vuelan con las nubes y viven en la luz y en los rayos del sol. Cuando llueve, frecuentemente, caen en la tierra y muchas veces eligen una fuerte lluvia de otoño.

Sucedió una vez que los elfos del aire perdieron sus alas al quebrárseles, a causa del viento, del aire y de la lluvia. Durante un chubasco se cayeron a la tierra en forma de gotas de agua. Cayeron en la mitad de una sierra y se colaron por una de las hendiduras de la tierra. Estaban tan cansadas y exhaustas del largo viaje, que se adormecieron y olvidaron de todo lo que habían visto antes. Cuando despertaron estaba todo oscuro y no sabían dónde estaban.

-“¿Dónde estamos? Aquí es todo tan oscuro... ¡qué miedo!”

-“No tienen por qué tener miedo” –dijo una amorosa voz– “porque estoy aquí para protegerlas, estuve esperando a que despertaran”.

Estas palabras fueron dichas por una ninfa, que estaba sentada con su vestidito verde, sobre una piedra húmeda. Tenía la cara delicada y blanca como el lirio de agua.

-“¿De dónde vienen?” –interrumpió un gnomo que estaba alisando la superficie de un cristal con su martillo.

-“Nosotras tampoco sabemos” –respondieron las gotas de agua mirando admiradas a su alrededor.

-“Pero yo sí sé de dónde vienen” –dijo la pequeña ninfa– “ustedes vienen del cielo, y aunque lo hayan olvidado, oportunamente lo recordarán. ¡Ahora vengan conmigo!” –intentaba convencer a las gotitas– “si ustedes me conducen arriba de una hoja, yo les mostraré todo lo que hay en la montaña”.

Con esta propuesta estuvieron de acuerdo. Iniciaron alegremente su camino, llegaron así hasta un lugar donde muchos gnomos trabajaban. Cristales de todos los colores relucían en la oscuridad como flores del campo.

Los enanos fueron gentiles con las gotas de agua y permitieron que probasen todo lo que allí había. Una probó una piedra rosa que tenía un gusto delicado.

-“Esto es un cuarzo rosado” –dijo el enano.

-“Hum, esta que probé tiene gusto picante” –dijo otra de las gotitas.

-“Lógicamente” –dijo el gnomo– “esto es pirita, contiene hierro y azufre, ella te dará fuerza”.

Los cristales de roca iluminaban como flores plateadas. Eran duros como nueces; pero su gusto era delicado como las ágatas. Las gotas de agua llevaron consigo un poco de todo lo que vieron y quisieron; y cuando avanzaban a través de la montaña, se tornaban cada vez más templadas.

Continuaron su marcha, y llegaron a una gruta más grande que la anterior, donde había muchas ninfas y gnomos sentados esperando a que pasase el invierno. Las gotitas admiraron su actividad. Había allí grandes placas de granito, donde se podían ver los más lindos diseños. Los elfos, felices de la vida, decían:

Estos diseños son nuevas especies de flores que haremos aparecer... –y con sus delicados deditos continuaban pintando y diseñando.

En todas las esquinas había pequeñas rocas. Allí estaban agachados los hijos de los gnomos, tejiendo finos hilos para las puntas de las raíces de las plantas.

Aquí y allá se veían grupos de elfos sentados enfrente de los gnomos, escuchando cómo ellos leían historias de grandes libros de piedras, porque las piedras son transparentes para los enanos, sólo para ellos.

Una pequeña gota se acercó a un elfo y comenzó primero a sollozar, y luego a llorar con tal fuerza, que partía el corazón de quien la escuchara. Primero el elfo le preguntó el motivo de su desdicha; pero al llorar cada vez más alto fueron muchos los elfos y las ninfas que se acercaron para consolarla.

Finalmente la gotita dijo:

–“Cuando vi las alas doradas de los elfos, recordé que yo una vez también tuve alas claras y sabía volar, y que en una oportunidad las perdí”.

Cuando las otras gotitas de agua escucharon esto, todas lo recordaron y sintieron deseos de llorar juntas...

–“¿Será que nunca más podremos ver el sol y que nunca más podremos volar en el aire fresco y soleado?” –se lamentaban.

–“Esperen” –respondió un enano, considerado por todos como un sabio–.

–“¡Cada cosa a su tiempo! ¡También en la montaña podrán ver el sol!”

Y así las gotas de agua continuaron su caminata con la ninfa por la montaña, mirando la actividad de todos los seres que allí vivían. Pero de repente, un cierto día, todo el trabajo de la montaña cesó. Ningún enano usó su martillo, ni leyó historias en las piedras, nadie pintó sobre las rocas; cada uno se quedó silencioso en su lugar, bien ordenaditos.

Y cuando la ninfa quiso continuar el viaje en su botecito, le dijeron que parase y esperara con los otros.

En cuanto esperaban, si escuchaban atentamente, oían una música suave que entraba primero como una suave melodía y después se repetía armoniosamente. Luego hubo un gran silencio... y delante de la montaña hubo claridad. Una luz suave brilló como en un amanecer. Cada vez con más intensidad, y de pronto se pudo ver que la gruta, que antes era toda oscura, se tornaba

transparente como el vidrio. Por un lado relucían las estrellas dentro de la montaña y por el otro lado relucía el sol.

En cuanto el sol comenzó a despuntar en la montaña, todos los enanos ya estaban arrodillados y rezaban. Era el 24 de diciembre (21 de junio). Era media noche. El espíritu de la tierra se tornó visible y estaba de pie frente al grandioso altar terreno.

–“El año nuevo comienza” –dijo el enano– “debemos regular nuestros relojes para que estén de acuerdo con el horario terrestre”.

Así permanecieron en gran devoción hasta que la luz despacio fue desapareciendo y dejando a la gruta nuevamente oscura.

Después de este acontecimiento, las gotas de agua se sintieron bien diferente. Se sintieron llenas de vida, frescas y renovadas, y escalaron junto a la ninfa, muchas piedras; por fin llegaron a una de esas puertecillas que comunicaban el interior de la tierra con el suelo. Allí estaban reunidos muchos seres: elfos, ninfas y salamandras. Todos querían volver a la tierra.

Esperaron en caravanas, así como en el otoño los pájaros de la tierra se encuentran en bandadas en los lugares solitarios, antes de partir para sus largos vuelos.

Por fin llegó la hora.

Un viejo enano apareció con una llavecita y abrió la portezuela. Las gotas de agua le agradecieron.

Dentro de la montaña ustedes se colman de sabiduría, el año que viene podrán regresar. Yo me quedaré aquí, pero antes de que prosigan, me dirán lo que ven allá afuera.

Las gotas que ya estaban impacientes, le preguntaron si no recibirían sus alas de nuevo.

–“¡Esperen!” –dijo el enano– “todo vendrá nuevamente, también las alas”.

Cuando las gotas de agua ya estuvieron afuera, el enano murmuró:

–“¡Qué cosa, nadie sabe esperar! –los hombres no saben esperar, las gotas no saben esperar... solamente nosotros aprendemos una larga, larga espera”.

Cuando el agua surgió de la montaña en forma de vertiente, se juntó primero en un pequeñísimo charquito que parecía un ojo, porque el cielo y los árboles se espejaban en él. Las gotas eran saludadas alegremente por todos.

–“¡Por fin llegaron!” –exclamaron– “ahora podemos crecer”.

Las gotas de agua sorprendidas miraban todo a su alrededor.

–“¿Qué están mirando? –preguntó el enano– “¿Qué ven?”

–“Vemos pequeñas ninfas sentaditas encima de las gramíneas y de las hojas...”

-“Y... ¿qué hacen?” –continuó preguntando.

Las gotas miraron minuciosamente y qué vieron... las ninfas tejían, pegaban los hilos finos que venían de las rocas de las raíces y junto a estos hilos tejían hilos de luz dorada del otro lado, y así iba naciendo el tejido de las hojas.

-“Continúen contando” –decía el enano– “¿Qué más ven?”

Más arriba en los retoños, están sentaditos los elfos que reciben el tejido que las ninfas les entregan. Secan todo al aire y colorean los tejidos a la luz.

-“¡Qué hermoso es! Lo vemos con mucha claridad; pareciera que tuvieran agujas para coser sus vestiditos. También están sentados muchos sastres que tienen escarabajos con luz dorada en las manos, y hacen los recortes puntiagudos de las hojas”.

-“Ahora presten mucha atención” –dijo el enano– “es posible que puedan percibir algo más”.

Era verdad, sólo ahora las gotas podían percibir de los tejidos y de los trabajos con las tijeras de la luz, que de vez en cuando caía alguna pequeña cosa al suelo. Y... ¿qué era?

-“Oh...” –exclamaron las gotas. El enano de la montaña las escuchó y tuvo que reírse.

-“¡Son las nuevas alas claras, como las que habíamos perdido!”

Algunas de ellas ya podían vestirlas y silenciosamente sobrevolaban el charquito en la naciente.

-“¡Qué alegría! Vemos flores doradas volando” –exclamaban las gotas– “y también coloridas, ellas llegaban hasta el cielo”.

-“Son las abejas y mariposas” –afirmaba el enano–. “Gracias a la vertiente, ellas pueden participar de todo lo que acontece en la Tierra”.

-“Vengan conmigo mis queridas gotas de agua” –dijo la ninfa– “ahora caminaremos por el gran mundo”.

-“¿Qué más ven?” –preguntó el enano, antes de que continuasen camino.

-“¡Vemos el gran mundo!” –exclamaron las felices gotas de agua y comenzaron a cantar alegremente.

El enano todavía las escuchó por mucho tiempo, escuchó el agua de la vertiente hasta que se había alejado bastante de la montaña. El enano sabía que el agua iría a correr hasta llegar al mar, y allí en días calurosos, las gotas de agua podrían usar sus alas y comenzar a volar por el aire... volar como las nubes, hasta que muchas de ellas en el verano, retornasen a él.

Aportación de Jenny Osuna A.